

Asunción Mayo 10 de 1918.

Señor Director General de la Biblioteca, Museo y Archivo Nacional, Don Transilvano Godoi.

E. S. D.

—El que suscribe estas líneas tuvo el honor ser con usted Convencional del año 70; y el recuerdo de aquella asamblea, que dió a la gran patria paraguaya la más libérrima de las constituciones nacionales de América, no se borra de mi memoria anciana, perdurando también en ella el caro recuerdo de usted, que es orgullo de nuestra raza por su ilustración de historiador y escritor erudito.

Y como he llegado a saber que usted desea obtener algunos datos acerca de las minas de azufre del pueblo de Valenzuela, explotadas durante la tremenda guerra con la triple alianza, he tratado de ahondar en mis recuerdos de veterano, en busca de los informes que el ilustre Director General de la Biblioteca, Museo y Archivo Nacional quiere conocer, datos que ha hilvanado la pluma inexperta de mi hijo Benigno. La indulgencia hidalga de usted sabrá excusar al viejo edmarada por la sencilla exposición breve que sigue y que ojalá sirvan a los claros empeños de sus predilecciones intelectuales de usted.

En el departamento de Valen-

quela, en el paraje llamado Wii-Guazú (campo grande), propiedad entonces del ciudadano Don José Antonio Cáceres (abuelo materno de mi Señora esposa Doña Benita Almada), terrenos que hoy pertenecen al Señor Don Modesto Llamas, de nacionalidad español, y ya durante la guerra del Paraguay, en la época de la formación de Cero-Lion, comenzó la explotación de las minas de azufre de Valenzuela, descubiertas y dirigidas por el Señor Carlos Euytze, inglés de nacionalidad, ingeniero de minas, quien fue contratado en Inglaterra por el mariscal Don Francisco Solano López. Sé que ese Señor percibía una onza de oro por día desde la fecha de su salida de su país natal hasta que cayó como prisionero y enjillado en Ayerá. Se decía que el mismo rey de Inglaterra le consideraba y distinguía como el hombre más perito en cuestión de ingeniería de minas. El Señor Euytze recorrió todo el Paraguay en misión de su cometido, explorando sus más apartadas regiones y declarando que nuestro país poseía minas de plata y oro, pero que era escaso en las hullas o carbón de piedra, de las que había algunas, no obstante, en Villa Encarnación.

En una ocasión, y en el rigor de la guerra, Don Carlos Euytze recibió ordenes del mariscal López para proceder a la busca de minas de plomo. Alor tres días respondía el ingeniero inglés que

en el pueblo de San José de los Arroyos, en el paraje denominado Ytá-ri, existían importantes minas de plomo.

En el año 1868, no recuerdo en qué mes, por recomendación especial del Señor Don Bernardo Campos (hermano del actual Senador de la nación Don Francisco Campos, que fue también convencional del 70), que era a la sazón jefe político de San José, conseguí ingresar en los trabajos de explotación de las minas de Valenzuela como segundo jefe de los establecimientos y encargado exclusivo de la maquinaria de fundición, actuando bajo la dirección y órdenes inmediatas del mencionado minero-logista Señor Lamyth. En los servicios de las minas de ayufe llegaron a laborar hasta ciento cincuenta operarios, quienes gozaban del privilegio de no verse obligados a empreñar las armas en la guerra que entonces nos comprometía. El encargado de la organización y movilización de ese personal era un sargento militar de apellido Giménez, amputado del brazo derecho, vecino de Caraguatay... Con respecto a esos trabajadores, he oído decir que se les exigía entregar un determinado y excesivo número de piedras molidas, recibiendo azotes o "palos" cuando no lo cumplían. Declaro que esa aseveración es completamente falsa. Solo, si, cuando la piedra laborable era abundante, el trabajo y actividad de los obreros eran proporcionalmente intensivos.

Para la fabricación del ayufe la piedra era sacada en troncos molidos,

llamados itá-fierro, por su color gris y sus partículas relucientes. Se los colocaba en morteros de hierro, de los que había seis en el establecimiento, y luego se los pulverizaba á mano, con barrotos también de hierro, por los brazos de los operarios. Luego se los trasladaba, así disminuyados, al aparato especial para derrotarlos, procediéndose luego á la destilación. Esta operación era diaria, y cuando la piedra era abundante, se la trabajaba hasta tres cubos, siendo más ó menos de una arroba la producción diaria de agufe en las minas. Todo él era remitido, una vez á la semana, á San José de los Arroyos para la elaboración de la pólvora.

Un dato interesante. Fui cocinero del ingeniero Luytje un inglés á quien se le llamaba con el nombre de Thon. Este vino al Paraguay enganchado como marino á bordo de uno de los barcos de guerra que trajeron los aliados. Un poco más abajo de la fortaleza de Humaitá, Thon logró escaparse de los aliados, pasando al chaco. Allí, desde los barrancos, hizo señas á los soldados paraguayos de la margen opuesta del río, y ellos le recogieron. Y sin pérdida de tiempo fue remitido el subdito inglés á presencia del mariscal López en Lomas Valentinas, de donde el generalísimo paraguayo despachó á Thon hacia las minas de agufe de Valenzuela. Allí permaneció hasta que de él se apoderaron los aliados.

Don Carlos Luytje estuvo en las minas hasta la víspera de la toma
#

de Talengula por nuestros enemigos. Se retiró llamado por el mariscal Lopy en nota especial. No le fue acompañar por el Señor Marcos Bay, vecino de Banero-grande, quien era persona de reconocida honorabilidad y de mucha confianza. Al fin, el ingeniero quedó engrillado en Ay-cura, y después del combate de Piribebuy, los aliados le pusieron en libertad.

Al marcharse el Señor Cuytte, el cocinero Thon se vistió con el mejor traje de su patrón, y así fue como cuando los aliados se apoderaron de la mina, le hallaron de rigurosa etiqueta, con frac y guante blanco. Así esperó sereno la llegada de nuestros enemigos, a quienes se incorporó después.

Las tropas de la triple alianza llegaron a la mina por uno de los caminos del pueblo de Talengula. A un cuarto de legua de distancia, sobre una pintoresca colina llamada Puerto Auxilio-cué (lugar de una antigua estancia del estado) se detuvieron para practicar observaciones, permaneciendo allí como tres horas, antes de aranzar sobre los establecimientos. No dudo de que esa detención dependiera de este hecho: frente a las minas, en el lugar más visible, mandó preparar con los morteros de 9 pulverizar las piedras y sus manos cónicas poniéndolos una como batería de guerra, colocando aquellos morteros, a guisa de cañones, a la distancia de cuatro metros uno de otros. Para disimular las piegas, hice humear el puente, que mando estirecol y orechá-piri (piel de orja). Así logré detener al enemigo durante tres horas, como

dió anunciado, aprovechando en tiempo para alistar una carreta y salvar los intereses mayores del ingeniero mi jefe, señor Euytte, intereses que se contenían en dos grandes bultos pesados, que sólo varios hombres podían mover con palancas, y una bolsa ó saco de onzas de oro, cuyo peso bruto estimé, más ó menos, en seis arrobas. Con todo, sólo esta bolsa pudo salvarse: se apoderó de ella una mujer llamada Limeona Melgarajo, concubina del Señor Euytte. Ella la hizo transportar en hombros de dos esclavos con una palanca, por los montes vecinos, de una parte á otra, diciendo que el saco contenía "maiz morocho". Por fin, la Melgarajo se vió precisada á ser concubina de un coronel Oriental, quien la abandonó muy presto.

En cuanto á la carreta, al cruzar el pequeño arroyo que forma una zanja, se la rompió el eje, y los hombres que la conducían, desparavidos, huyeron internándose en el monte y dejando la carreta cargada en poder de los aliados. Entre tanto, vestido de negro y armado de un sable y una carabina, el suscrito, evolucionando al frente de las supuestas piezas de artillería, hacía de jefe de las baterías. Pero bien pronto me vi obligado á huir al monte, que dista como seis cuadras del lugar, recibiendo por detrás, durante mi corrida, varias descargas de fusilería, al mismo tiempo que oía las voces: No corra, no corra; no le vamos á matar, que también nosotros somos paraguayos.

En una ocasión, y

viendo de buen humor al ingeniero Señor Guytte, le interrogué sobre si el Paraguay poseía minas de oro y plata. Me contestó:— ¿Cómo no!— Empeñándose una piedra de la que me dijo que contenía el "mejor oro del mundo"... Me consta que esa piedra que el ingeniero me mostraba había sido extraída de entre las obtenidas para el agujero de una zanja como de cuatro metros de profundidad y treinta metros de diámetro, en las mismas minas de Valenzuela. Las extraían de allí utilizando bombas y baldes de sacar agua. Con mucho cuidado se apartaba algunos terrones menudos de esas piedras, de las mismas para el agujero, como dije, y de noche, a puertas cerradas, en un hornillo de material el ingeniero Guytte las hacía trabajar...

Los aliados permanecieron tres días en el lugar de las minas. Después de ese tiempo dieron fuego a los establecimientos, y marchando sobre Piribebuy.

Con esto termino, distinguido compañero, sintiendo de corazón no poder dar más amplitud a estos datos breves por haberlos olvidado en los años de nuestra vida agitada.

Quedo a sus dignas órdenes de usted y me suscribo su atto. y S. S.

José Ramiro

S. C. Salinares entre Rio Apa y Rio Blanco.